

JUAN LUIS MANEIRO, SJ, *Francisco Xavier Clavigero, SJ, ilustre universitario constructor de la patria mexicana*. Traducción del latín, introducción y notas por J. Jesús Gómez Fregoso, SJ, Tlaquepaque, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente - Universidad Iberoamericana, 2004, 85 pp.

Nos hallamos frente a la última edición castellana de la biografía de Clavigero escrita en latín por Juan Luis Maneiro (1744–1802). El editor, traductor y anotador es Jesús Gómez Fregoso, investigador de la Universidad de Guadalajara. Además de la edición latina, aparecieron las versiones castellanas de Bernabé Navarro y Alberto Valenzuela. El propio Gómez Fregoso ya había publicado su traducción,¹ pero entonces pasó desapercibida y ahora viene con nuevas introducciones y en una muy decorosa presentación en gran formato y con detalles de buen gusto. El objeto lo amerita, puesto que se trata de un notable “constructor de la patria mexicana”. Este epíteto aplicado a Clavigero aparece en la portada del libro y está inspirado en aquel discurso de Agustín Yáñez de 1970, también reproducido aquí, en que concluye nombrando al autor de la *Historia Antigua de México* “gran mexicano, constructor eminente de nuestra nacionalidad” (p. 85). Lejos del nacionalismo cerrado, conforme al biógrafo Maneiro, “Clavigero demostró con su ejemplo que el mundo entero es la patria del hombre verdaderamente sabio”. Por ello Gómez Fregoso califica la identidad de los jesuitas desterrados como “nacionalismo cosmopolita” (p. 59).

¹ Gómez Fregoso, Jesús, *Clavigero. Ensayo de interpretación y aportaciones para su estudio*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1979. Las otras traducciones: *Vida de mexicanos ilustres del siglo XVIII*. Prólogo, selección, traducción y notas de Bernabé Navarro, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1956; *Vida de algunos mexicanos ilustres*. Traducción de Alberto Valenzuela Rodarte. Estudio introductorio y apéndice de Ignacio Osorio Romero, México, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, 1988.

La vida de Clavigero escrita por el también jesuita Maneiro forma parte de una serie de treinta y cinco biografías de jesuitas expulsos: las *Vidas de algunos mexicanos ilustres*. Esa serie es parte de la constelación de las generaciones del destierro en Italia y se inspira, en cuanto a algunos elementos de forma, en aquella otra serie de la Roma clásica, las *Vidas de varones ilustres* de Cornelio Nepote,² obra de frecuente lectura en las asignaturas de gramática y retórica de los colegios novohispanos. La de Maneiro, sin embargo, no deja de estar inmersa en los últimos destellos de la cultura barroca, pero se trata de un discreto barroco, cribado en la constante lectura de los clásicos. Dentro de esa cultura las biografías de Maneiro ponderan lo positivo de cada biografiado, de manera que las limitaciones y contradicciones son superadas finalmente por la virtud y los dones de cada uno de ellos. En este sentido no se trata de una historia científica, sino de una historia panegírica, que sin duda ofrece datos consistentes, tomados de testigos presenciales y de documentos de primera mano, mas carece del contraste con otras fuentes y con una razón más crítica. Con todo, la imagen construida por Maneiro es un modelo de biografía sucinta, goza de frescura inigualable y ha quedado como el punto de partida de cualquier otra biografía.

La traducción de Gómez Fregoso es fiel al pensamiento expresado en latín y “se esfuerza al mismo tiempo en darle, en lo posible, el tono del castellano del siglo XVIII”. Por lo demás son un acierto los subtítulos y división por párrafos del propio traductor, pues son adecuados y facilitan la lectura. Su sola enumeración constituye un buen resumen de la obra: Antepasados. Nacimiento e infancia. Educación. Formación en Tepetzotlán. Más estudios en Puebla y México. Docencia en San Ildefonso. Labor con los indígenas. Magisterio en Valladolid. Estancia en Guadalajara. Destierro en Ferrara. Traslado a Bolonia. Redacción de la historia de México. Rigor historiográfico. Éxito de la *Historia antigua de México*. Deterioro de la salud. Muerte en Bolonia y elogio final.

² El nombre más frecuente *De viris illustribus*. En realidad es más preciso *De excellentibus ducibus exterarum gentium*.

En relación a la anterior edición del mismo Gómez Fregoso, las consistentes y eruditas notas han sido actualizadas, gracias particularmente a la obra de Charles Ronan, *Francisco Javier Clavigero, SJ (1731-1787) Figura de la ilustración mexicana; su vida y obras*, Guadalajara, ITESO-Universidad de Guadalajara, 1993, traducida por Conrado Ulloa y equipo, y con presentación del mismo Gómez Fregoso, quien la considera “una verdadera enciclopedia sobre el jesuita veracruzano” (p. 18).

La casi exhaustiva investigación de Ronan no anula la breve biografía de Maneiro; al contrario, permite revalorarla como el fresco discurso de testigo presencial, como afortunada composición que pondera lo positivo y permite el contrapunto de otros documentos, quehacer que emprende el traductor anotador, y en fin, como eslabón también literariamente magnífico de aquella cadena de “vidas de algunos mexicanos”, la constelación que a pesar de las tinieblas del destierro brilló transformada en embajada cultural de México en la Italia del otoño del siglo XVIII: además de Clavigero y Maneiro, Alegre, Cavo, Guevara, Márquez, Fabri, Abad, Campoy, Iturriaga y otros.

El propio Maneiro se refiere a los orígenes patrios de ese conjunto cuando dice: “En esos tiempos, por azar de la fortuna, entre los jesuitas mexicanos se había reunido una muy selecta juventud, que tanto por sus talentos singulares, nacidos para grandes acciones, como por su ardiente deseo de saber y su esforzada magnanimidad en aprender las cosas, produjo en aquella región de la tierra una renovación completa de las ciencias, o al menos la fomentó y desarrolló en forma extraordinaria” (p. 36). Esta sed de saber Maneiro la destaca en Clavigero y reflexiona: “los hombres nacemos con una profundísima inclinación a conocer, y Aquel que nos creó y creó el mundo, nos lo entregó para que nosotros lo investigáramos” (p. 47).

Pero la investigación cobra su mayor sentido cuando culmina en otra creación. Así lo entiende Maneiro cuando describe la elaboración de la *Historia Antigua de México*, ponderando “todo lo que aquel infatigable hombre tuvo que trabajar para sacar a luz entre los ocultísimos vestigios de la antigüedad, los hechos escondidos y

sepultados en el olvido. Sin duda que quien va sacando, de la madeja informe y confusa, elementos dispersos aquí y allá en lo tenebroso y oscuro; quien explora profundidades casi impenetrables para descubrir las partes de esos elementos; quien sudando hasta lo infinito va armando las partes diversas, las ordena e ilumina, ése será, más que redactor o escritor, el creador de la historia” (p. 59).

Mas la creación de la historia tiene una norma inviolable que no permite medidas ni escalas de la sola imaginación, aunque no se satisfaga “el deseo innato de lo mortales por narrar cosas extraordinarias”. Las medidas de la historia son finalmente las que “dicta la inviolable verdad”. Palabras de Clavigero consignadas por Maneiro (pp. 61-62).

Es justamente el oficio de historiador la dimensión más conocida, estudiada y aplaudida en el biografiado. A este propósito conviene hacer dos anotaciones críticas. La primera, en relación a la amplitud de la *Historia de México*. En realidad Clavigero no se refiere al espacio de lo que era todo el virreinato de la Nueva España, con las dos audiencias de México y Nueva Galicia, menos aún a la audiencia de Guatemala y otras capitanías como la de Yucatán. Ni siquiera entra la provincia de Michoacán, parte que fue de la audiencia novohispana. Clavigero entiende por México el antiguo imperio azteca, al cual inclusive le asigna un territorio mayor del que realmente tuvo, por ejemplo toda la costa de Michoacán, guiado tal vez por el hecho de que ahí había comunidades de habla náhuatl. De tal forma la identidad histórica y patria que promueve la historia de Clavigero se circunscribe sólo a una región de todo el país que conocemos por México. Ciertamente esa historia coadyuvó grandemente a rescatar el pasado azteca indígena y a integrarlo como parte preponderante en la visión de nuestro pasado, de tal manera que pudiera apropiarse no sólo por parte de los criollos, sino por todos aquellos habitantes y generaciones de otras latitudes y tiempos del país que jamás fueron parte del imperio azteca.

La segunda anotación es en relación a una obra menor de Clavigero. Me refiero a la descripción de la provincia jesuítica

mexicana.³ Ni Ronan ni Gómez Fregoso aprovechan los datos que da sobre Valladolid, residencia de Clavigero de mayo de 1763 a abril de 1766. Tal vez la omisión se deba a que la edición de esa obra menor omite el necesario título de todo el apartado relativo a la diócesis de Valladolid de Michoacán, donde se anotan rasgos de diversas poblaciones del extenso obispado. Entre otras cosas Clavigero dice que ahí en Valladolid “los jesuitas tenían un hermoso colegio y una casa de ejercicios” (edificios que ahora llevan el nombre de Palacio Clavigero); que en la ciudad “abundan con exceso las pulgas”; que la catedral “tiene dos torres elevadísimas que miradas por sí solas son una obra maestra”; que “la vida es barata”; y en fin que “las señoras vallisoletanas son honestas, muy de su casa, se visitan poco y se guardan con mucho rigor”.⁴

Aparte de la historiografía, hay otros perfiles de Clavigero bien señalados desde Maneiro. La filosofía, por ejemplo. El magisterio de esta disciplina produjo “dos verdaderos enjambres de filósofos que dirigió Clavigero en Valladolid y Guadalajara”, de donde salieron célebres doctores (p. 49) y además fue la ocasión para que Clavigero compusiera un curso o tratado de filosofía, en que por una parte vuelve a los textos de la filosofía griega y por otra da a conocer a algunos de los modernos (p. 46).

A este propósito conviene complementar la información que nos ofrece Gómez Fregoso. Bernabé Navarro, reconocido historiador de la filosofía novohispana, nacido en Zapotiltic y criado en Michoacán, afrontó la tarea de traducir y estudiar el manuscrito que con el nombre de *Physica particularis* se conserva en la Biblioteca Pública de Jalisco, en Guadalajara. Tiene un trabajo sobre “Los aspectos de ciencia moderna en la filosofía de Clavigero”.⁵ Y en 1995, poco antes de morir,

³ Clavigero, Francisco Javier, *Breve descripción de la Provincia de México de la Compañía de Jesús, según el estado en que se hallaba el año de 1767*, M. Cuevas (Ed.), *Tesoros documentales del siglo XVIII Priego, Zelis, Clavigero*, México, Galatea, 1944, pp. 295-360.

⁴ *Ibid.*, pp. 346-347.

⁵ Navarro, Bernabé, *Filosofía y cultura novohispanas*. Edición y presentación de Mauricio Beuchot, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998, pp. 230-248.

pudo ver publicada por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo su traducción, mas sólo del primer libro de esa obra, relativo a astronomía, así como la introducción general, de la cual podemos extraer algunas conclusiones: Primera, la obra es efectivamente de Clavigero, aun cuando la redacción haya sido hecha por un alumno, en otras palabras, corresponde al pensamiento de Clavigero, recogido en el dictado escolar por algún discípulo. Segunda, esa misma obra es sólo una parte del curso completo de filosofía, que hubo de comprender también la *physica generalis*, la *metaphysica* y la lógica como dialéctica o sùmulas. Tercero, el mismo tratado se compuso principalmente en Valladolid de 1763 a principios de 1766 y se concluyó en Guadalajara de entonces hasta la expulsión.⁶

Hay otro aspecto de Clavigero, el menos o nada estudiado, ni en Ronan ni en Gómez Fregoso, a pesar de que Maneiro lo destaca en varios lugares. Me refiero a la oratoria. El humanista veracruzano aparece como uno de los principales renovadores de la predicación. Desde muy joven, en la oración inaugural del curso de retórica en San Ildefonso, se llegó a enardecer “contra algunos defectos de los oradores, defectos que en aquellos tiempos agradaban a muchísimos y se propalaban de forma vergonzosa no sólo en los tribunales, sino hasta en los pùlpitos” (p. 40). Posteriormente Clavigero inició en San Gregorio, desarrolló y concluyó en Valladolid un discurso sobre el mismo tema, que se publicaría sin su consentimiento junto con otro sobre la confesión y con la traducción anotada de cartas sobre esos temas de san Francisco de Sales (p. 43).⁷ Y finalmente dejó como paradigmas de la predicación renovada, un panegírico de san Francisco Xavier, pronunciado en Puebla, otro de san Ignacio de

⁶ *Francisco Xavier Clavigero. Introdutor de la filosofía moderna en Valladolid de Michoacán, hoy Morelia*. Traducción del latín al castellano de la Física particular, por el Dr. Bernabé Navarro, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1995. Con fundamento en las investigaciones de Ronan, *Francisco Javier Clavigero...*, pp. 73, 81, hemos corregido las fechas que da Navarro para la redacción del curso.

⁷ *El sacerdote instruido en los misterios de predicar y confesar en dos cartas de San Francisco de Sales, obispo de Ginebra, tr. del original francés y ampliadas con notas. Dalas al público en utilidad de los nuevos sacerdotes el Lic. D. Lino Nepomuceno Gómez Galbán*, México, Imprenta del Superior Gobierno de Joseph Antonio de Hoyal, 1771.

Loyola, dicho en Guadalajara (pp. 44 y 50-51)⁸ y un discurso pronunciado en el destierro en vísperas de ejecutarse la extinción de la Compañía.⁹ Se trataba del tránsito del barroco al neoclásico, de la admiración del ingenio a la interiorización y al compromiso de la fe.

Algo más que se echa de menos. Dada la cortedad de la biografía de Clavigero por Maneiro no hubiera sido costoso, sino muy conveniente reproducir también el texto original latino, a pesar de que sean pocos los que saben esa lengua, puesto que el original siempre queda como fuente inagotable de diversas legítimas traducciones y en el caso ese original forma parte del patrimonio cultural, en cuanto representa un brillante ejemplo del latín novohispano.

Por último, en abono del traductor-annotador, el aprovechamiento de la obra de Ronan por parte de Gómez Fregoso no es abundante, lo cual no es criticable, porque de haberlo hecho, la edición hubiera estado atestada de notas que finalmente entorpecerían la lectura de Maneiro y con todo no suplirían la necesaria lectura de Ronan.

Carlos Herrejón Peredo
El Colegio de Michoacán



⁸ La referencia precisa al sermón de san Francisco Xavier no se conoce. El bibliógrafo Medina sólo ofrece el dato consignado por Maneiro. No parece que haya base suficiente para asegurar que fue publicado. Ronan repite la referencia de Medina, pero no lo consigna en los escritos de Clavigero: *Francisco Javier Clavigero...*, pp. 71, 505-507. En cambio la publicación del panegírico de san Ignacio de Loyola se halla claramente registrada: José Toribio Medina, *La Imprenta en México (1539-1821)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989 (edición facsímil de la de 1909-1912), ns. 4773 y 5073.

⁹ Inédito, referencia en Ronan, *Francisco Javier Clavigero...*, pp. 143, 505.